

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## EUROPA-AMERICA

# LOS MALENTENDIDOS ATLANTICOS

LA vieja querrela de los malentendidos atlánticos, o trasatlánticos, a la que por cierto dedicó un luminoso ensayo Henri Kissinger cuando era solamente profesor de Harvard, ha tenido últimamente relieves dramáticos. Se agravó la tensión al sobrevenir la crisis del petróleo y reunirse en Washington el pleno de las naciones atlánticas, grandes consumidoras de hidrocarburos minerales, bajo la égida y la batuta del ubícuo secretario de Estado. Allí estalló la primera discrepancia pública y, en cierta medida, escandalosa.

El ministro de Asuntos Exteriores francés, Jobert, se negó a alinearse, en nombre de su Gobierno, al despliegue ordenado y disciplinado montado por Kissinger. Jobert se quedó solo en su rebeldía antiamericana. Según él, los otros ocho países se habían comprometido en Bruselas a seguir esa misma línea independiente. Los otros ministros europeos opinaron en cambio que la realidad era precisamente la contraria. El gesto francés, defendido con suma habilidad por el talento dialéctico de su ministro, causó en Estados Unidos una mezcla de estupor e indignación. Salieron a relucir viejos y conocidos argumentos sobre la ingratitud y la incompreensión. Y hasta un humorista comparó la polémica Jobert-Kissinger con el famoso match de boxeo de los años veinte entre Georges Carpentier y Jack Dempsey, en el que la elegancia, el juego de piernas y la forma física del fino boxeador francés no duró sino escasos minutos frente al «swing» potente y a la hercúlea naturaleza del campeón del mundo americano.

El episodio agrió considerablemente el clima trasatlántico. Estados Unidos necesita mantener el tono de cohesión de los países aliados europeos para poder jugar con desembarazo la carta de la paz en el Oriente próximo y la carta de las limitaciones de armamento con la Unión Soviética, cuestiones ambas delicadas e irresueltas todavía. Que Francia saque ahora los pies del plato y trate de acentuar su juego particular es acaso lo que más irritación podía causar a Kissinger y a Nixon. El secretario de Estado no se paró en barras y aprovechando una recepción de esposas de parlamentarios en Washington, más oficiosa que oficial, largó una andanada contra los países del Occidente europeo a los que acusó de causarle más preocupación que los propios adversarios y de «atacar en manada» la política norteamericana con cualquier pretexto. Para terminar su catilinaria explicó a su auditorio femenino que desde la posguerra de 1914-18, Europa era un continente destruido y que no había tenido apenas desde entonces gobiernos legítimos ya que ninguno de ellos contaba con el apoyo mayoritario o consenso popular respectivo.

Ya era fuerte el aserto antedicho. Y trató naturalmente de aliviarlo con explicaciones tardas que de poco sirvieron. Las reacciones europeas oficiales fueron en general moderadas. Las demás, han sido violentas y polémicas como puede suponerse. Desde los que sacaron a relucir la actual crisis institucional de los Estados Unidos como poco oportuna para acusar a los otros gobiernos de ilegitimidad, hasta los que recordaron que el Gobierno de Washington reconoció hasta su entrada en la guerra mundial al Gobierno de Vichy como representante de la legitimidad francesa. Kissinger había utilizado —torpemente a mi parecer— un concepto que le resultó grato como especialista en historia-europea del siglo XIX y más concretamente,

en Metternich, el hombre que hizo del concepto de la «legitimidad», instrumento doctrinal para mantener el «statu quo» de los gobiernos absolutos frente al empuje avasallador de los liberalismos nacionales.

Habría que preguntarse qué late en el fondo de todas estas escaramuzas verbales, agrias y disonantes. El presidente Nixon a los pocos días de la explosión de Kissinger en el club femenino, hizo otra declaración en Chicago en ocasión de una comida política. Allí ya se concretó más la amenaza: se vino a decir por boca de la más alta autoridad norteamericana que los europeos no podían pretender que los Estados Unidos les protegiesen militarmente —con la sombrilla nuclear y con la presencia de sus tropas en Europa— y que tuviesen al mismo tiempo una política económica, monetaria o comercial, no ya distinta, sino enfrentada con la de Washington. Y que las fuerzas americanas podían llegar a retirarse del Viejo Continente si la «rebeldía» europea persistía. La advertencia causó impresión y hasta pavor, en algunos de los gobiernos occidentales de los países más cercanos geográficamente a la otra superpotencia nuclear, la Unión Soviética.

El fondo de la cuestión está en la serie de hechos bien conocidos que datan del comienzo de la era atlántica. Cuando se funda la Alianza, en el final de los años cuarenta, Europa es un montón de ruinas sobre las que malvive una población que se siente acorralada por el cercano poderío y expansionismo ruso. América es la potencia militar que tiene el monopolio atómico y que lo utiliza para contener la ambición soviética dentro de los límites más o menos definidos en Yalta. La Alianza Atlántica nace del miedo. El Plan Marshall nace del hambre. Estados Unidos se sienten, no solamente protectores y generosos, sino que estimulan a Europa a unirse, tomando el propio ejemplo americano como modelo y tratando de que sean superadas las viejas querrelas nacionalistas intraeuropeas que han llenado de muerte y desolación, en dos guerras, el continente de la cultura.

Pasan veinte años. El monopolio atómico americano, lo comparte ahora Rusia y as dos superpotencias se entregan a una impresionante escalada de armamentos nucleares y de coherencia intercontinental espacial y submarina, de tal dimensión, que dejan a sus aliados y satélites reducidos a papel subalterno, sin verdadera capacidad para intervenir en las discusiones o arreglos entre los «dos gendarmes». Deciden éstos, en junio del 73, consolidar una política de distensión militar y política que evite la ocasión de guerras nucleares directas y lleve asimismo, a la limitación y reducción de armamentos atómicos convencionales. La Alianza Atlántica es poco más que una locución verbal y una declaración de principios ante este panorama. La distensión de los grandes alcanza también a la tensión de los pequeños. Alemania occidental, pieza clave de todo el dispositivo en el terreno continental, emprende la Ostpolitik, realizando una espectacular conversión de su acción exterior, amistosa con Rusia y reconciliadora con Polonia, Checoslovaquia y Alemania oriental. Los supuestos de la guerra fría en Europa se van liquidando.

Es evidente que el armamento nuclear de los países de Europa que lo tienen es muy pequeño, comparado con el de

las dos superpotencias y que no sirve de base para que los Nueve o los Quince tengan verdadera autonomía militar para defenderse solos contra Rusia. Por consiguiente, hablar de una política europea propia es una afirmación excesiva mientras en el resto del mundo haya dos potencias que pueden decidirlo todo en forma aplastante. Europa no tiene todavía una integración política cristalizada; ni unanimidad monetaria; ni siquiera —como se ha visto en la crisis del petróleo— unificación negociadora frente a terceros. Tiene, eso sí, un alto nivel de prosperidad y riqueza capaz de competir exitosamente en el terreno comercial con los propios Estados Unidos y con el Japón en la disputa de los mercados asiáticos, africanos o sudamericanos.

Pero no habiendo ya, ni guerra fría, ni temor de invasión, ni ruina económica como en 1950, la relación Europa-América tiene evidentemente otro signo y necesita otros instrumentos y distinto lenguaje.

Estados Unidos quiere que Europa acepte el principio de que lo militar, lo monetario y lo económico vayan unidos en una «globalización» de la política trasatlántica. O en otras palabras que el precio de la garantía militar de la defensa del Continente —o del Occidente— sea una política comercial y monetaria, alineada y homogénea, que defienda el interés de todos: es decir de los Estados Unidos y de sus aliados. A este criterio es precisamente al que se opone Jobert, el ministro francés, de un modo público; y quizás algunos de sus colegas de los Nueve, de forma íntima, aunque vergonzante. Ni Alemania país fronterizo y dividido; ni Gran Bretaña, con su crisis económica interior; ni Italia, con su malestar social, se atreverán a discrepar públicamente de la advertencia de Kissinger.

¿Chantaje? ¿Amenaza? ¿Realismo! El equilibrio de las fuerzas es así y no hay sino aceptarlo como una dura realidad. Los márgenes de maniobra que disponen los países medios y pequeños son muy pequeños salvo que las circunstancias geográficas o de otro orden, permitan el afloramiento de conflictos limitados como ocurrió en Vietnam, en Bangla-Desh o en el Oriente próximo. También existen, a la larga, los grandes factores del dinamismo interior de los pueblos del Tercer Mundo con su enorme peso demográfico, y el gigante chino, cuya entrada en la sociedad internacional con una componente específica y discrepante de la ideología comunista ortodoxa pueden perturbarlo todo, con graves repercusiones en la actual hegemonía bipolar de los dos grandes.

El malentendido trasatlántico no será fácil de superar del todo, aunque Nixon dimita y Kissinger desapareciera de la escena. Sus raíces son profundas y están ancladas en la idiosincrasia de los pueblos europeos. La prosperidad y la paz no son en general causa o motivo de sumisión, sino más bien de independencia. Las naciones, como los individuos, cuando llegan al nivel del bienestar holgado, empiezan a pensar por su cuenta y quieren tener su voz y su voto en la sociedad interior o en la colectividad internacional.

José María de AREILZA

## CAUTELA POR DELANTE

# EL PROBLEMA DE LAS CATEDRALES

PIENSO, ante todo, en la de Valencia, que es la que tengo más próxima. El edificio no admite comparación con otras fábricas eclesiales de la Europa medieval, por supuesto. Ni en sus principios ni luego, nunca se vio asistida de grandes ayudas económicas que le permitiesen un grado de monumentalidad memorable. Parece ser que don Jaime el Conquistador la dotó de un patrimonio discreto, pero de ahí no pasó la cosa. La diócesis, hasta 1609 —hasta antaayer, como quien dice—, distaba mucho de ser cristiana, en el recuento de la población. El territorio estaba, estuvo lleno de moros, hasta que Felipe III los echó. Y los aristócratas locales, que, cristianos relativamente viejos, podrían haberla empujado con dadas testamentarias, tampoco eran excesivamente opulentos. Menos todavía los burgueses de la mercadería y el censal, judíos como ellos solos... Pero tiene su gracia. La puerta de la Almoina es románica, sobria, de una dignidad afable; la de los Apóstoles conserva una razonable entidad gótica; y el corpulento Miguelete, y los bordados ojiuales del Cimborio, completan su perfil originario, o más o menos originario. Ya se sabe: todas las catedrales han sido de construcción lenta y, con el tiempo, confusa. Los cánones, contra lo que el clisé anticlerical supone, no suelen ser unos señores adormilados o poltroneros, sino más bien inquietos y amigos de las modas. Se han pasado la vida —la historia— enmendando la plana a sus predecesores: en materias de arquitectura, sobre todo, cada Cabildo ha querido hacer algo «nuevo». La Iglesia Mayor de mi diócesis acusa claramente este continuo tejer y destejer.

Una locución proverbial ponderativa recoge el dato: «Dura más que el obra de la Seu.» Supongo que en muchas otras latitudes canónicas, la fe ligresca constata idéntico fenómeno. Pero me atengo a lo de acá. Los reverendos capitulares de Valencia tuvieron siempre la pasión de las «obras», y han ido acumulando en su Seo los sucesivos estilos que las épocas les brindaban. El tinglado primitivo, de un gótico modesto en general, apenas escapó de la albañilería furiosa: sólo una fachada, la torre, el aula capítular, el cimborio, se salvaron del revoque y del pegote, quizá por lo difícil que resultaba apabullarlos. El resto se vio ahogado por cualquier veleidad circunstancial: un postizo renacentista, abundantes estucos del Barroco, apliques neoclásicos, adornos de dudosa filiación estética... Cuando, recientemente, los arzobispos tomaron cartas

en el asunto, el edificio empeoró. Una de las últimas genialidades fue la erección de un triste baldaquino «triumfalista», de imitación romana, que obligó a destruir el coro y a desvirtuar la estructura tradicional del edificio. Ignoro si las exigencias litúrgicas lo imponían. A la larga se ha visto que, finalmente, la liturgia no necesita de baldaquinos. Ahora la cosa ha cambiado. Los responsables de las eternas «obras de la Seu», y tal vez a falta de mejores opciones, han decidido emprender la «replastinación» de la casa. Dentro de lo que cabe, más vale así. No les ha dado por añadir al venerable armatoste «cubismos», «expresionismos» ni nada de eso. El propósito es «restaurar».

Independientemente de que para los cánones de la localidad y para sus asesores técnicos la «restauración» sea un entretenimiento que resultaría cruel negarles, el problema merece consideración específica. Al fin y al cabo, sobrepasa el caso anecdótico de Valencia, y se instala a nivel de principios. ¿«Restaurar»? ¿Qué significa «restaurar»? ¿Suplantar? ¿Sustituir? ¿Rehacer? Conviene puntualizarlo. El peligro acecha en todas partes, y ya se consumió en más de una y en más de cien. Hace años —y pongo un ejemplo—, visité la catedral antigua de Lérida, y quedé estupefacto ante lo que se tramaba con su claustro, con el vacío de aquella maravilla que fue su claustro. Con indiscutible sabiduría, los canteros estaban «construyendo» —decir «reconstruyendo» sería abusivo— las filigranas perdidas de aquel patio. De la piedra originaria casi no subsistía nada. No sé cómo habrá terminado la maniobra. Quizás hoy se pueda contemplar el claustro de Lérida «perfecto»: igual que le vieron los contemporáneos de su confección. O quizá más «perfecto» aún. Pero será una superchería. Será un montaje escenográfico, tan brillante como se quiera, pero falso. Y aquí empieza la reflexión. ¿Qué es lo que, ante un monumento en trance de deterioro, se pretende? ¿Devolverle su presunta apariencia inicial, aunque sea a costa de cometer un fraude «cultural»? Y no cuento en la hipótesis lo que de yerro o de fantasía pueda agregar el «restaurador». Ciento que los arquitectos diocesanos son —y sólo por una elemental carencia de imaginación— menos atrevidos que los fabricantes de decorados para filmes de temas medievales. De todos modos, la amenaza está a la vuelta de la esquina.

La premisa tendría que ser ésta: la catedral decaída, el castillo en ruinas, el palacio desmo-

ronado o titubeante, son «monumentos». Esta vez entrecorrimo la palabra. Es probable que el concepto de «monumento» haya funcionado en todos los tiempos y lugares; pero la conciencia de que esto y aquello son «monumentos», en una amplia y ecléctica voluntad de resumen final, es algo propio de nuestros días. No puedo detenerme en dar más explicaciones, innecesarias por lo demás. Y el «monumento» pide unos respetos elementales. Bien mirado, con él, sólo se puede hacer una cosa: «conservarlos». El distinguo entre «reconstruir» y «conservar», muy oportuno, lo encuentro en los papeles que Trinidad Simó ha publicado, hace poco, en una polémica justamente sobre las manipulaciones que está sufriendo la Seo de Valencia. La de Trinidad Simó, que yo sepa, ha sido la única voz que se ha levantado públicamente, en Valencia, frente a la torva «cirugía estética» a que han sometido dicha iglesia. Y se remite a un texto de 1917, de un opaco arquitecto de Játiva llamado Lluís Ferreres, que puso los puntos sobre las fess. Puede que el planteamiento de Ferreres tenga precedentes, y sin duda los tendrá. Es lo mismo. Importa, ante todo, la limpieza del encuadre. El «monumento», «testimonio vivo» de un pedazo de pasado, debe ser preservado de mayores daños: del tiempo, de la intemperie, de los propios hombres. «Restaurarle» —meter mano en su delicada entidad residual— sería inferirle una lesión más: la de robarle «autenticidad». «Debe subsistir así»: como lo hemos recibido. Incluso sin alterar las superposiciones aviesas, que, en definitiva, se le han integrado...

Habría mucho que hablar de ello. Hay tela cortada para rato: para docenas de artículos, para libros enteros, si descendemos a una caustica razonable. Pero, en esencia, la distinción entre «conservar» y «restaurar» merece ser retenida. La frontera que las separe será suavemente ambigua, en algunos casos. Pero no la rigurosidad de ambos proyectos. Cuando «restaurar» implica una mentira —una suplección actual de lo que desapareció o se estropeó—, conviene protestar. Se trata de una tomadura de pelo que se permiten con la arquitectura y sus anejos, y que nadie se atrevera a intentar en otros terrenos. Cuando un arqueólogo reúne fragmentos de un ánfora, de un friso, de un mosaico, los rearticula según su leal saber y entender, pero no se le ocurre «rellenar» los huecos con su facundia personal: esos huecos —lo vemos en cualquier museo del ramo— que-

dan visibles con un empastado gris y banal. Ni un mural románico, recuperado a medias, es repintado ni completado por los especialistas que lo recuperaron. Cuando un manuscrito remoto nos llega con pasajes ilegibles o con retazos carcomidos, el arduo en la materia no intenta inventar o reinventar las palabras evaporadas: a lo sumo, y si hay base para hacerlo, eliminan una mala lectura anterior. Rara vez pasan de ese límite. En los edificios, el desafuero suele ser lo corriente. Un alto porcentaje del gótico visible, en muchos sitios, es puro sofisma. Que se arrastra desde Viollet-le-Duc, cuando menos. Sólo que ahora ya no estamos en el embrollo romántico.

Otra faceta de la cuestión son las «superposiciones»: lo que los cánones iban maquinando a cada momento, y que ahí están. La idea de «replastinar» da un matiz exculpatorio a cuanto se haga en su nombre, y por este lado no solamente se justifican las barrabasadas del «sucedáneo», sino que, además, se destruyen apóstoles que tal vez no sean deseñables. Para rescatar una ojiva tosca y miserable, en algún caso, los replastinadores sacrifican pedazos coruscantes y sutiles de barroco. No hay, desde luego, ninguna razón históricamente ni culturalmente objetiva para preferir el gótico al barroco, o al neoclásico, o a lo que hubiere sobrevenido. La superstición de «lo más antiguo» no pasa de ser una tontería. En estos trámites se ha de ir con mucho tacto, porque el estropicio puede ser la inanidad absoluta. Hace un año o dos, alguien puso sobre el tapete de «replastinar» la catedral de Córdoba a partir de la mezquita precedente. Parece que se le echó tierra a la barbaridad, que, según dijeron, provenía de la Unesco o de Dios sabe qué otra madriguera espectacular... No diré que en la Seo de Córdoba, y en la de Valencia, y en cualquier otro «monumento», no sea imprescindible una pasada de piqueta, como operación de aseo y de ecuánime reajuste. Y hasta me inclino por reconocer la licitud de ciertos derribos, si lo que descubren es «mejor». Pero, en todo caso, la cautela ha de ir por delante... Con los «monumentos» es lo único en que es recomendable «ser conservador». Puestos a serlo, seámoslo sin trampas: con sensatez. Y sabiendo lo que se hace. Los errores, en esto, son irreversibles.

Joan FUSTER